

El núcleo del evangelismo Lección 3

El pan que ofrece Jesús

La semana pasada abrimos el regalo que Jesús nos pone delante. Dice que trae vida abundante. Suena precioso. Pero seamos sinceros. También suena confuso.

¿Abundante en qué, exactamente?

Pablo dice que Dios proveerá todo lo que nos falta según Sus riquezas en gloria (Filipenses 4:19). Y eso es cierto. Pero no siempre lo leemos bien.

Mira a la viuda en 1 Reyes 17:8-16. No tiene la despensa llena. Tiene un puñado de harina y un poco de aceite. Eso es todo. Está preparando la última comida para ella y su hijo. Elías aparece y pide la suya primero. Ella lo hace. Y entonces pasa algo que nunca sale en los titulares:

La harina no se acaba. El aceite no se seca. Pero tampoco se desborda. No hay montañas de pan. Solo pan por hoy. La provisión de Dios no siempre es un depósito. A veces es pan diario. Confianza que se renueva cada mañana.

Cuando hablamos de la abundancia que Jesús promete en Juan 10:10,

Aparece otro peligro:

La gente viene por el pan y no por quien lo da. Juan 6:26 lo dice claramente. Le siguieron, no por lo que vieron, sino por lo que comieron. Y Jesús lo dijo sin azúcar:

"No sabes lo que estás pidiendo."

En Mateo 20:20-23, una madre viene con una petición sincera. Que sus hijos se sienten a la derecha y a la izquierda de Jesús. No es una mala madre. Es una madre que ve el esfuerzo de sus hijos y sueña con una recompensa. Jesús no la humilla. Él responde con una copa. Habla de una bendición mayor y un precio más profundo.

No es un castigo.

Es gracia disfrazada. Porque Dios no nos da lo que queremos. Nos da lo que necesitamos. Supongamos, o al menos intentemos creer, que toda petición es sincera. Aun así, no todas conducen al mismo lugar. Jesús lleva su petición más allá de lo que ella estaba pidiendo: no una recompensa terrenal, sino un lugar más profundo. Lo que pedimos a primera vista es la ilustración de:

"No sabes lo que estás pidiendo."

La muerte y la vida vienen en el mismo paquete.

Si hemos estado unidos a Cristo en Su muerte, entonces también estamos unidos a Él en Su vida. Esa unión no es simbólica ni poética.

Es una realidad espiritual que nos arrastra por el mismo camino que nuestro Señor recorrió.

Lo que le ocurrió, muerte, entierro, resurrección, se convierte en el molde donde nuestra propia historia empieza a tomar forma. Y esa unión nos empuja hacia algo profundo: conocerle. No solo sus palabras. No solo su doctrina. No solo sus obras. Conocerle. Conocer el poder de su resurrección, sí. Pero también, compartir sus sufrimientos. Entrar en la lógica del sacrificio.

Caminar en la obediencia que pasa por la cruz antes de alcanzar la gloria.

Porque quien quiera alcanzar la resurrección debe recorrer primero el camino que Cristo recorrió. Y cuando juntas estas verdades, aparece un dicho fiel. Un resumen que recorre toda la vida cristiana: Si morimos con Él, viviremos con Él. Si resistimos, reinaremos con Él. Morir con Cristo no es derrota.

Es la puerta. La resistencia no es un esfuerzo vacío. Es la corona.

Todo lo que la fe nos pide, morir, confiar, resistir, es exactamente lo que nos une a una vida que nunca podrá ser arrebatada.

Romanos 6:5 lo describe. Filipenses 3:10-11 lo persigue. 2 Timoteo 2:11-12 lo canta como certeza.

¿Por qué no se predica claramente el corazón del evangelio?

¿Qué tiene de confuso? Alguien me dijo una vez que tenía una fe inquebrantable. Ese miércoles tras miércoles fue a las noches milagrosas. Y miércoles tras miércoles salió con lo que llamamos "aguadito". Sin nada.

¿Qué buscaban él y sus amigos inconscientemente? ¿Qué nos hace rodear el evangelio sin entrar nunca en él? "No estáis lejos del reino." Jesús le dijo eso a un hombre. Lo que significa que no estaba dentro. Cerca no es dentro.

Un hombre orgulloso de su vida espiritual se acerca a Jesús con las mejores intenciones.

O quizá buscando ser alabado por sus obras. Sospecho que solo quería ser confirmado, como cualquier niño que hace algo bueno y se lo cuenta a sus padres. Marcos 12:34. Jesús le mostró su realidad para animarle. Nunca estuvo en el espíritu de Jesús desanimar a nadie. Él mismo dijo,

"Ay de quien haga tropezar a uno de estos pequeños."

La honestidad de Jesús nos afecta a todos. Al pueblo de su tiempo y a cada uno de nosotros hoy. Intento ser lo más abierto y honesto posible con lo que dice la Palabra de Dios. El mundo está lleno de convencidos... Y carece de conversos. El evangelio pide honestidad.

La pregunta que nos enfrenta es una especie de sinceridad que duele:

¿Por qué vengo a Dios?

Si tu vida cristiana nunca ha parecido una copa, ¿alguna vez ha parecido su muerte? El bautismo no es mojarse. No es solo sumergirse. Es estar dispuesto a beber cualquier copa que Dios ponga en tu mano.

¿Preguntas? adelzotto@live.com

buscar más? www.Juan832.com